

FESTIVALES DE ESPAÑA

Decisivo éxito de Inés Ribadeneyra y de Ana María Olaria

EL TENOR LAVIRGEN SUPERO TODAS LAS POSIBILIDADES

Ninguna dificultad, ninguna reserva sale al paso para la crítica y todo es fácil hoy al juzgar la puesta en escena de la jugosa partitura de Amadeo Vives, «Doña Francisquita», escrita para tiple ligera, contralto y tenor, proque las exigencias líricas de la partitura fueron superadas por los tres cantantes de ayer: la soprano Ana María Olaria, la mezzosoprano Inés Ribadeneyra y el tenor Pedro Lavirgen. Ana María Olaria, que en «Marina» hizo una terminante demostración de sus facultades y avidez, además, lo que le importa el inteligente público de Oviedo y lo que le respeta, volvió ayer a repetirse en estas pruebas de consideración y en las de su capacidad artística.

Inés Ribadeneyra consolida en cada actuación, su puesto como sillar fundamental en la actualidad de la lírica española. Ella es artista por temperamento y fuera una excelente actriz si no fuese una excelente cantante. Su voz amplia de timbre, llena, de gratísima sonoridad, valorativa para cada intención expresiva; muy para la marcadísima figura lírica a la española que es la nembra marchosa madrileña, suena cada vez mejor. más fresca, más segura.

Pedro Lavirgen ofrece una observada característica: la de crecerse de pasaje a pasaje, de acto a acto. Este tenor siempre terminará por ser aplaudido y por permitir al público

que escuche sin angustia; pero de primera intención inquieta. Juzgo que se administra bien y que gradúa su actuación sabiamente para terminar en franca complacencia. Esto ocurrió en la noche del debut y en la tarde de ayer.

Lo cierto es que han sonado para cada una de estas tres figuras, tanto individualmente como en los dúos y en los concertantes, abundantes y cálidos aplausos.

Reunir, disciplinar después de bien seleccionadas, voces femeninas y masculinas en las cuerdas imprescindibles para conjuntar un coro al que no haya más remedio que reconocer como instrumento perfecto para que una diestra batuta como la de Eugenio M. Marco le haga sonar armónicamente, no es tarea fácil ni barata. Los elementos coristas (tiple, contraltos, tenores, barítonos y bajos) no hacen del arte de cantar la base fundamental de su economía, de su hogar, ellos figuran, sí, en las retenciones oficiales de profesionistas de la lírica, pero la inmensa mayoría ha de tener otra profesión base. Estudiar obras exige acudir a las academias, trabajar; completarse con el dominio del baile de salón o de ballet o «ballet» y, llegado el momento, han de cotizarse también. Tiene que ser caro y de hecho lo es, incorporar a una compañía lírica un coro en el que no se atisba la menor estridencia; ni un afán de sobresalir para lucimiento individual; ni un solo timbre metálico, agrio, chillón. Un verdadero y valorado coro que lleva dos magníficas actuaciones.

Una orquesta de alta calidad, formada por verdaderos profesores, cada uno de los cuales puede ser primer atril o solista, con un maestro de gran competencia como es Eugenio Marco.

Presentación en escena cuidada, responsable. Arte en los efectos plásticos, compuesta cada escena adecuada y artísticamente; buena sastrería; ingenio en la luminotecnia.

Un cuerpo coreográfico joven, ensayado, en el que hay una delicada figura femenina que ayer bordó un bolero a escala de estrella. Todo esto da la tónica del esfuerzo de José Tamayo para servir a los Festivales de España con total complacencia del Patronato Nacional de Información y Educación Popular, esta Compañía lírica que actúa en el Campoamor merced a la infatigable labor de la Delegación Provincial de Información y Turismo y al reconocido y proclamado esfuerzo del Excelentísimo Ayuntamiento de Oviedo, por lo que diremos hoy lo que ya debimos de haber dejado dicho ayer: que felicitamos al gobernador civil y jefe provincial, señor Peña Royo; al alcalde de Oviedo, señor Masip, y al delegado provincial de Información y Turismo, señor Fernández Sordo.

E.

La Nueva España, Oviedo, 10 de junio de 1962